

Mensaje once

La resurrección del Salvador-Hombre

Lectura bíblica: Lc. 24:6-8, 25-27, 30-32, 44-46

- I. A fin de ver la resurrección del Salvador-Hombre, necesitamos que el Señor Espíritu abra nuestro entendimiento para que podamos entender las Escrituras mediante Su iluminación—Lc. 24:6-8, 25-27, 30-32, 44-46; Ef. 1:17-18:**
- A. A fin de entrar en Su resurrección que imparte vida, el Salvador-Hombre sufrió una muerte todo-inclusiva y con un estatus séptuplo: el Cordero de Dios (Jn. 1:29), un hombre en la carne (Ro. 8:3), un hombre de la vieja creación (1 Co. 15:45), la serpiente de bronce (Jn. 3:14), el Primogénito de toda creación (Col. 1:15), el Pacificador (Ef. 2:15) y un grano de trigo (Jn. 12:24).
 - B. La resurrección del Salvador-Hombre fue la manera en que Dios vindicó y aprobó Su persona y Su obra redentora todo-inclusiva efectuada mediante Su muerte; Su resurrección también fue el éxito que Él obtuvo en todos Sus logros—Hch. 2:24; 3:15; 4:10; 5:30; 10:40; 13:30, 33-34, 37; 17:31; 26:8; Jn. 10:17-18; Ro. 4:25.
 - C. La resurrección del Salvador-Hombre fue la victoria que Él obtuvo sobre la muerte, incluyendo a Satanás, el Hades y la tumba—Hch. 2:24; Fil. 3:10a; Ro. 6:9; 2 Ti. 1:10; He. 2:14; 1 Jn. 3:8; Ap. 1:18; cfr. 2 Ti. 4:22.
 - D. La resurrección del Salvador-Hombre fue Su glorificación—Jn. 12:23-24; 13:31-32; 17:1; Lc. 24:26; 12:49-50.
 - E. La resurrección del Salvador-Hombre fue Su nacimiento como el primogénito Hijo de Dios—Hch. 13:33; Ro. 1:3-4; 8:29.
 - F. La resurrección del Salvador-Hombre fue Su transfiguración, en la que llegó a ser el Espíritu vivificante para entrar en los creyentes—1 Co. 15:45; Jn. 14:16-20.
 - G. La resurrección del Salvador-Hombre fue Su germinación en la nueva creación, en la cual impartió la vida divina en Sus creyentes para que ellos fuesen regenerados como los muchos hijos de Dios—12:24; 1 P. 1:3; Jn. 1:13; 3:15-16; 2 Co. 5:17; Gá. 6:15; Ro. 8:29; He. 2:10.
 - H. La resurrección del Salvador-Hombre fue Su propagación, para producir a la iglesia como Su reproducción—Jn. 12:24; 1 Co. 10:17; Ef. 1:20-23.
 - I. La resurrección del Salvador-Hombre resultó en que Él pudiera vivir en nosotros; Él vive en nosotros para que nosotros

Mensaje once (continuación)

podamos vivir por Él y ser Su reproducción—Jn. 14:19-20; Gá. 2:20.

II. La resurrección del Salvador-Hombre empezó mientras Él moría, así como la resurrección de un grano de trigo empieza con su muerte; mientras Él moría externamente, estaba resucitando internamente—Jn. 12:24; 1 P. 3:18:

- A. Por un lado, el Salvador-Hombre vivía para morir (Lc. 12:49-50), y por otro, estaba muriendo para vivir (1 Co. 15:35-36).
- B. Antes de Su muerte física, Cristo ya era la resurrección (Jn. 11:25); mientras Él vivía en su vida humana, estaba resucitando por medio de la muerte; Él es el Salvador-Hombre que muere para vivir, y también es el Salvador-Hombre que vive al morir:
 - 1. La muerte de Cristo significa que cuando Cristo vivió en la tierra, Él continuamente se rechazaba a Sí mismo; Él llevó una vida en la que se negaba a Sí mismo y vivía por el Padre—6:57; 5:19; 4:34; 17:4; 14:10, 24; 5:30; 7:18.
 - 2. Él llevó una vida en la que el pesebre fue el comienzo y la cruz fue el final (Lc. 2:12; 23:23-46); cuando fue bautizado, Él reconoció y declaró que, como hombre en la carne, en Su humanidad (Jn. 1:14; Ro. 8:3), no servía para otra cosa que morir y ser sepultado (Mt. 3:13-17).
 - 3. Aunque Su vida humana era muy pura y muy santa, Él no vivió mediante esa vida, sino que la puso a un lado, la puso en la muerte, y vivió por la vida del Padre:
 - a. El hecho de que Él “[levantara] los ojos al cielo” significa que era uno con el Padre, pues confiaba en el Padre como la fuente de bendición—Lc. 9:16; Jn. 10:30.
 - b. Él no hizo nada por Sí mismo (5:19), no buscó Su propia voluntad, sino la voluntad del Padre que lo envió (v. 30b), tampoco buscó Su propia gloria, sino la gloria del Padre que lo envió (7:18).

III. Cuando fuimos regenerados por el Salvador-Hombre resucitado como Espíritu vivificante, “nacimos crucificados”; ahora que fuimos “regenerados crucificados”, estamos muriendo para vivir y viviendo al morir—3:5-6; Gá. 2:20:

- A. *Morir para vivir* significa vivir bajo la operación de la crucifixión de Cristo; por un lado, Pablo había sido aniquilado, crucificado, pero por otro, un Pablo resucitado, alguien que

EL EVANGELIO DE LUCAS

Mensaje once (continuación)

había sido regenerado, continuaba viviendo; Cristo vivía en él, y él vivía a Cristo—v. 20; Fil. 1:21a.

- B. Así como Cristo, el único grano como prototipo, cayó en la tierra para morir, también nosotros, los muchos granos como la reproducción masiva, debemos seguirle y caer en la tierra para morir, ejercitándonos continuamente para rechazar al yo y vivir mediante otra vida, la vida del Salvador-Hombre—Jn. 12:24-26; Lc. 9:23-25; Col. 3:4a.
- C. Cuando no vivimos por nuestra vida natural, sino que vivimos por Él como la vida que está dentro de nosotros, estamos en resurrección; nosotros morimos para vivirle, y Él vive en virtud de que morimos—Gá. 2:20; 6:17; 1 Co. 15:31, 36.
- D. Debemos seguir el modelo establecido por el Señor Jesús, quien llevó una vida crucificada para expresar la vida divina, manifestando en su vivir los atributos divinos como virtudes humanas; seguirle intrínsecamente como nuestro modelo que mora en nosotros equivale a llevar en nuestro cuerpo las marcas de Jesús por medio de la gracia de Cristo—1 P. 2:21; Gá. 6:17-18.
- E. Debemos disfrutar la preciosa muerte de Cristo con su dulzura y eficacia, y la preciosa resurrección de Cristo con su poder repelente en Cristo como el Espíritu compuesto, con miras a la vida de iglesia—Éx. 30:22-25; 1 Co. 15:45; Ro. 14:17-18; cfr. Dt. 8:7-8.

IV. Mediante el poder de la resurrección de Cristo, somos capacitados para morir cada día, para tomar nuestra cruz cada día, siendo configurados a la muerte de Cristo mediante el Espíritu como el poder y las riquezas de Su resurrección por el bien de Su Cuerpo—Fil. 3:10; 1 Co. 15:31; Lc. 9:23; cfr. Cnt. 2:8-14; Os. 6:1-3:

- A. La realidad de la resurrección es el Cristo pneumático, quien como el Espíritu consumado mora en nuestro espíritu y está mezclado con él—Jn. 20:22; 1 Co. 15:45; 6:17.
- B. Es al estar en este espíritu mezclado que somos partícipes de la resurrección de Cristo y la experimentamos, lo cual nos capacita para ser uno con la obra de la cruz, a fin de ser librados del yo y ser transformados en un nuevo hombre en la nueva creación de Dios para que se lleve a cabo la economía de Dios en la edificación del Cuerpo orgánico de Cristo—Ro. 8:2, 4, 6, 13; 12:1-2, 11.